

pública, y exponiéndose á los insultos de los espectadores. Por lo mismo estaban privados los cómicos de las prerogativas civiles, pudiendo los censores echarlos de la tribu y los magistrados hacerlos azotar á su capricho; y una señal impresa sobre su cuerpo los excluía de toda clase de magistratura, y hasta de servir en las legiones.

La escena romana, al contrario de la griega, admitía á las mujeres, con tal que vistiesen con decencia; pero quedaban deshonradas, y estaba prohibido á los senadores el casarse con actrices, ó con las hijas y nietas de histriones.

Los silbidos y los aplausos constituían los medios de expresar los espectadores la desaprobación ó la alabanza; y cuando un actor era silbado, debía levantarse la máscara.

Al principio, los teatros se construían para casos determinados, y duraban á lo mas un mes, aunque se adornaba con mucha elegancia su armazon de madera, llegando hasta dorarla, y se colocaban en ella las estatuas y otros despojos de los pueblos vencidos. E scauro hizo edificar uno capaz de contener ochenta mil espectadores, adornado con tres mil estatuas y trescientas sesenta columnas de mármol, vidrio y madera dorada. Pompeyo, despues de haber vencido á Mitrídates, fué quien primero hizo construir uno estable, á semejanza del de Mililene, y en el cual cabian cuarenta mil espectadores, en quince órdenes que subian desde la orquesta hasta la galería superior (1). El de Marcelo fué edificado por Augusto, en semicírculo, cuyo diámetro inferior tenia cerca de cincuenta y cinco metros, y ciento veinticuatro el del recinto exterior. Imitaban á los Griegos en la forma; con la diferencia de que entre estos se destinaba el fondo del semicírculo para los bailarines, mientras que entre los Romanos era el sitio donde se colocaban los senadores y los altos funcionarios. Los caballeros ocupaban los primeros puestos detras de la orquesta, separados del pueblo, que tenia su asiento en las graderías superiores, por una balaustrada.

Cayo Curion, no esperando sobrepasar en magnificencia á sus predecesores, los venció en extravagancia, haciendo construir en los funerales de su padre dos teatros que podian dar vuelta sobre un eje con todos los espectadores, de modo que terminadas las representaciones escénicas, giraban hasta reunirse, y los espectadores se encontraban trasladados á un anfiteatro.

Sin embargo, los Italianos mostraron poca disposición para el verdadero drama, y mucha para la farsa; tan vivos y mordaces fueron siempre. Las máscaras, que algunos han creído invenciones de la edad média, son antiguas: el Macco ó Saunio, progenitor del Zanni ó Arlequin italiano, era un bufon, con la cabeza rapada, vestido de harapos de varios colores; y en

(1) Véase nuestra ARQUEOLOGÍA.

Pompeya se encontró el polichinela, máscara atelana.

Terencio y Plauto escribieron por lo comun comedias paliadas, esto es, que se ejecutaban con trajes griegos, como sacadas de autores de esta nacion: el mas célebre en la comedia togada fué Afranio, de quien nos queda muy poco. Quintiliano nos prueba que no se reconocia gran mérito en aquellas composiciones, cuando dice que la literatura latina cojea en la comedia.

En tiempo de Augusto se buscó mas la originalidad, no haciéndola sin embargo consistir en componer por sí, sino en imitar mas libremente y de un modo nuevo. Asinio Polion fué el mas célebre de sus trágicos, pero sus obras no han llegado á nosotros; sabemos que Ovidio escribió la Medea; pero los lugares comunes de que llenó sus Heróidas y la desgraciada faciliad de su estilo contribuyen á que no sintamos demasiado semejante pérdida. Apenas pueden nombrarse entre las tragedias los hinchados diálogos y las estóicas declamaciones del falso Séneca.

Faltaba á los Romanos aquella dulce humanidad, aquel sentimiento de armonía que tanto brillaba en los Griegos; y era natural que una nacion acostumbrada á estar siempre peleando y á ver reyes cargados de cadenas y prisioneros asesinados, buscarse su diversion en el combate y en la sangre, en el circo y en el anfiteatro, al aire libre (1). El encarnizamiento de las fieras unas contra otras, sus esfuerzos para librarse de una muerte inminente, sus espantosos rugidos y las convulsiones de su agonía, proporcionaban varonil solaz á los Escipiones y Catones, y posteriormente hasta á sus mujeres.

Se hace por primera vez mencion del circo en tiempo de Rómulo, que lo mandó construir cerca del foro. Tarquino Prisco hizo fabricar otro llamado el Circo Máximo, entre los montes Palatino y Aventino, que tenia tres estadios y medio de largo y cuatro yugadas de ancho, capaz de contener ciento cincuenta mil personas, y mas adelante, cuando lo ensanchó Julio César, ciento sesenta mil, extendiéndose por último á trescientas mil, al reedificarlo Trajano, despues del incendio de Nerón. Augusto habia colocado en él el obelisco que hoy vemos en la plaza del Pópulo, y Constancio puso el que actualmente se alza enfrente de San Juan de Letran. Contaba Roma hasta diez, y aun subsiste el llamado de Caracalla, del cual se tomó el obelisco que está en la plaza Navona. Como se les destinaba especialmente para las carreras, tenian la figura de un cuadrilátero, que concluía por uno de sus lados en semicírculo, dividido á lo largo por un papapeto (*spina*) adornado de estatuas y obeliscos y terminado en pepueñas columnas (*meta*). Los

(1) ¿Por qué no tuvo Roma tragedias? Esta cuestion la ha tratado magistralmente NISARD en sus *Études sur les mœurs et les poètes de la décadence*, á propósito de Séneca. Véanse nuestros Documentos de LITERATURA.

LANGE (*Vindicie romane tragediæ*, Leipzig, 1822) reunió hasta cuarenta trágicos romanos.

espectadores tomaban asiento en las graderías que se alzaban en torno.

Eran los anfiteatros dos teatros unidos, que formaban de este modo un óvalo y que estaban destinados principalmente para los gladiadores. Daba vuelta á la arena el *podium*, ó sea el sitio reservado para los magistrados y altos funcionarios; seguian despues los caballeros y detras el pueblo, como en los teatros. Solamente en tiempo de Augusto se fabricó uno de piedra; luego Vespasiano y Tito, en el año 72 de Cristo, construyeron el coliseo, cuyas ruinas admiramos aun. Su elipse tiene 534 metros de desarrollo en lo exterior, y en lo interior 239; la fachada exterior se eleva á 49 metros, en cuatro órdenes sobrepuestos el uno al otro; y en su recinto cabian noventa mil espectadores: en derredor habia bóvedas corridas, donde estaban encerradas las fieras; podia tambien hacerse correr allí agua, algunas veces odorifera; y lienzos tendidos resguardaban á los espectadores del sol y de la lluvia. Acostumbrábase el Romano en los anfiteatros al valor y á la ferocidad, presenciando los combates de las fieras y la muerte de los gladiadores, segun las reglas del arte, espectáculo que introdujeron por la primera vez Marco y Decio Bruto (266) para honrar las exequias de su padre (1).

Un pueblo, cuya gloria y poder se aumentaban sin cesar por medio de sangrientos triunfos, debía desear que la memoria de estos se perpetuase. Aunque el incendio en tiempo de los Galos habia consumido los antiguos documentos, quedaron algunos en el Capitolio, como las tablas de las leyes y cierto número de tratados, que pocos sin embargo entendian, por hallarse escritos en lenguaje antiguo; de modo que las memorias de los tiempos continuaron siendo propiedad de las familias y de los sacerdotes, y podian ser alteradas fácilmente, mientras que el pueblo ignoraba hasta su existencia, y habia conservado por el contrario los fastos antiguos en canciones vulgares, alterándolos, dándoles mayores proporciones, hermoseándolos y mezclándolos con prodigios y divinidades, como acostumbran hacerlo siempre la tradicion y la poesia.

No obstante, los débiles principios de Roma, fundada, segun se decia, por una tropa de bandidos y que se habia elevado de la nada paso á paso, no halagaban bastante la vanidad de una nacion que se veía ya árbitra de toda Italia, y que era el terror de los extranjeros. Es probable que la adulasen poco los Italianos que escribieron ántes que nadie acerca de los orígenes itálicos, como Teágenes de Reggio, contemporáneo de Cambises, Hippis, compatriota suyo que vivió en tiempo de la guerra de Média, y Antíoco de Jenofanes, Siracusano de la época de Heródoto. Pero los Griegos acudieron á contentar el orgullo romano, desde que se pusieron en contacto con Roma; y el primero de todos

(1) Véase el libro siguiente, cap. X.

fué Diócles de Pepareta. Habian perdido á la sazón los Griegos su instintivo sentimiento de la edad antigua, sin haber aun adquirido la crítica de la nueva; y por otra parte no buscaban tanto en la historia lo verdadero, como lo bello y el modo de satisfacer su vanidad nacional y la de los patricios romanos. Por eso, como existia ya una tradicion de Troyanos y Griegos que habian venido á Italia despues de destruida la soberbia Ilion, agregaron á aquel acontecimiento todas las historias, genealogías y etimologías; cada país tomó su nombre de la nave, del hijo, del compañero, del piloto, ó de la nodriza de Enéas; cada familia se remontó en línea recta hasta él, y de consiguiente hasta los dioses; los Manlios descendian de Ulises, los Sergios de Sérge, compañero de Enéas, los Naucios de uno de sus secuaces, los Lamios de Lamo, rey de los Lestrigones, los Fabios de Lamo, hijo de Hércules; y nadie ponía en duda estas genealogías, á la manera que en Italia, en el siglo XVI, no se dudaba de que los Viscontis procedian de la casa de Anjou, y la casa de Este de un paladin ó de un cruzado.

Agradaban estos orígenes semidivinos á la vanidad aristocrática; y la política del Tiber se complacia en presentarse unida por los vinculos del parentesco á aquella celebrada Grecia, á la cual queria abrazar como hermana y encadenar como sierva, al paso que esta última se consolaba de la pérdida de la independencia, considerando á la vencedora como hechura suya. No debemos, pues, maravillarnos, existiendo tal acuerdo de intereses, de que prevalecieran en las creencias los orígenes griegos y de que se mezclasen hechos y nombres nuevos ó alterados, borrándose así las tradiciones nacionales.

Los Romanos que se dedicaron á la historia, no echaron de ver la trivialidad de estas últimas, atraídos por el esplendor de aquellos; y Fabio Pictor, que fué el primero que escribió historias en latin, el senador Cincio Alimento que compuso sus anales en griego, lo mismo que Cayo Acilio (1), y tambien Caton y Pison, se copiaban mutuamente, sin interrogar nunca al pueblo ni consultar los documentos locales. Tuvo que venir Polibio de Grecia á leer en el Capitolio tratados celebrados antiguamente entre Roma y Cartago, y de que no tenian noticia los naturales. Parecía que Caton, al escribir acerca de los *Orígenes itálicos*, debería haber buscado los monumentos; y seguramente que nadie hubiera podido transmitirnos mejor que él las antiguas memorias, en una época en que los pueblos de la primitiva Italia vivian aun y conservaban en libros ó inscripciones sus fastos, en que se sabian leer é interpretar los ca-

(1) Merece citarse un pasaje muy singular de C. Alimento, que nos ha conservado Aulo Gelio, XVI, 4. Dice que cuando habia levas de tropas, los tribunos militares hacian jurar á los soldados de su compañía que ni en el campamento ni en el circuito de diez millas robarian mas del valor de una moneda de plata diaria; si *encontraban* algun objeto de mas precio, lo debían llevar á sus jefes; sin embargo, podian apropiarse una lanza, la leña, el forraje, los nabos, un odre, un saco, y una tea.

ractères oscos y etruscos, que burlan hoy la paciencia de los eruditos, y en que no había aun sido devastada la Italia por la guerra de los Marsos ni por las sistemáticas proscripciones de Sila, que quiso extinguir los recuerdos de la primera nacionalidad. Un simple deseo del censor habría tenido fuerza de ley en todas las ciudades italianas, que á porfía le hubieran llevado sus anales para la historia que preparaba. Y sin embargo, á pesar de la aversión que afectaba hácia las cosas griegas, se dejó arrastrar de la corriente, de modo que lo poco que nos trasmitió se encuentra lleno de ideas y etimologías extranjeras. Condujéronse peor aun Cornelio Polihistor en tiempo de Sila, Calpurnio Pison (1), y posteriormente Julio Higino, que ó fueron crédulos ó aspiraron á engañar. Ni sé qué gloria reservar al mismo Varron, tan alabado, cuando se reflexiona que no sabía el etrusco y que apenas entendía el osco; cuanto mas que en los fragmentos que conservamos de él no se aparta un punto de los Griegos, con lo que indujo en error á los que por veneración le siguieron de cerca. Esta es la causa de la gran confusión que se advierte en la historia primitiva de Roma, y que deja campo á las conjeturas que en parte exponemos nosotros.

De muchos que escribieron en aquella época historias contemporáneas, solo han quedado los nombres y algun ligero fragmento. El tratado del arte militar *De re militari* que escribió Caton, ha perecido completamente. En el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos, se entretenía cultivando una propiedad en el país de los Sabinos, y con los datos que le suministró su propia experiencia escribió un tratado *De re rustica*, que comprende ciento sesenta y dos pequeños capítulos, donde, sin orden y á medida que le ocurrian, expuso otros tantos preceptos, con el tono imperioso de un señor que habla á sus esclavos, sin cuidarse del oportuno enlace, de la variedad, ni siquiera de la pulidez del estilo, por la que Caton mostraba tanto celo en sus otras obras. Las muchas fórmulas mágicas y las supersticiosas observaciones que contiene (2), no nos dan muy buena idea de la crítica del censor; el cual nos parece que se presenta tal como es en el corto proemio de su tratado, donde dice: «Pudiera convenir aprovecharse del comercio, si no fuera aventurado, ó dedicarse á la usura, si fuera honroso; pero nuestros mayores establecieron que el ladrón pagase el duplo de la suma robada y el usurero el cuádruplo, mostrando con esto que creían la usura peor que el robo. Además, cuando querian prodigar á un ciudadano el mayor elo-

(1) De su crítica nos ha conservado Aulo Gelio un precioso ensayo, con intencion de hacernos ver su simplicissima suavitas et rei et orationis (N. Attice, XI, 14). Eundem Romulum dicunt ad cenam vocatum, ibi non multum bibisse, quia postmodum negotium haberet. Et dicunt: Romule, si istud omnes homines faciant, vinum vitium sit. Is respondit: Immo vero carum, si quantum quisque volet, bibat; nam ego bibi quantum volui. Buena ocasion para rebajar el mérito de las *Cronicas de los fratres* contra las cuales la toma Carlos Botta.

(2) Véase la pág. 710.

gio, le llamaban buen agricultor y sabio económico. El mercader aplica su talento á ganar dinero; pero su estado le expone á toda clase de peligros y calamidades; por el contrario, la agricultura produce hombres robustos y excelentes soldados; ofrece una ganancia mas honrosa y segura, sin excitar la envidia ajena; y al que á ella se dedica, no le queda tiempo para pensar en el mal.»

Magnifico campo brindaba el foro romano á la elocuencia con la libre discusion de graves intereses; pero no fué enseñada como arte, sino despues de la célebre embajada de Carneades; y en la edad siguiente la veremos resplandecer con todo su brillo.

Elo-
cuen-
cia.

CAPÍTULO XXII

LA CHINA.

El país y los habi antes.

Abrese ante nosotros ahora una nueva escena: un pueblo diferente de los que hasta aquí hemos visto, tan numeroso por sí solo como todos los europeos juntos, ó sea la quinta parte del género humano; que ocupa casi la décima parte de la tierra habitable; que habla un idioma y emplea unos caracteres cuyas reglas y bases son enteramente distintas de las nuestras, como lo son tambien sus costumbres, el orden de sus ideas y su organizacion política, y que dotado de una maravillosa perfeccion en las artes manuales y de lujo, y de una inmensa literatura, no procede en su civilizacion paralelamente con la nuestra, sino que mas bien contradice la marcha de esta (1).

Este pueblo, que, como centro de ciencia, de civilizacion y de comercio, ha dirigido los destinos de la parte mas remota del Asia, cual acontece hoy con la Europa respecto del resto de la tierra, se remonta por su origen á los primeros tiempos del mundo, y cuenta tradiciones no interrumpidas de cuarenta siglos, en las que tal vez haya que buscar, no solo la historia de los pueblos orientales, sino tambien las causas de las emigraciones que, desde Odin hasta Géngis-Kan, han invadido nuestro Occidente: de manera que, contemporáneo de todos los pueblos y olvidado del tiempo, que no lo ha envejecido ni renovado, forma una cadena viva entre la época actual y la antigüedad mas remota.

No obstante, puede decirse que este maravilloso pueblo fué desconocido de los antiguos, y parece demostrado que el país de los Seres, mencionado por Horacio y por Floro como poster término de los descubrimientos de la antigüedad, no era la China. En prueba de ello refieren Plinio y Mela que los Seres habitaban

No
conocida
de los
anti-
guos.

(1) J. F. DAVIS, *The China*, 1836, trae un catálogo de las obras que han tratado de la China, anteriores á la suya. Las últimas han variado bastante el modo de considerar aquel país; y sin embargo, aun tienen un mérito inmenso las memorias de los misioneros publicadas de 1776 á 1794.

en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupaban los Escitas y los Indios: ahora bien, terminando segun ellos el Asia algo al Este del Ganges y un poco al Norte del Mar Caspio, es evidente que colocaban á los Seres en el Tibet y en sus alrededores (1). Tambien las indicaciones de los demas escritores nos impiden ver bajo aquel nombre la China. Por otra parte, el *Sericum* que de allí se sacaba eran probablemente los tejidos de seda que las romanas deshlaban para hacer de nuevo telas tan ligeras que adornaban, pero no cubrian, sus seductores encantos; y la *serica materies* era una lana fina muy larga, la misma de que se hacen actualmente las telas de cachemira. Arriano habla de los *Sinæ* que por la via de la Bactriana (*Bokara*) trasportaba á Occidente las sedas crudas y las elaboradas. Parece que en tiempo del décimoséximo emperador, de la dinastia de Han, en el año 94 de Cristo, partió de allí un comisionado para entablar relaciones de comercio con el mundo occidental, el cual en su viaje tocó en la Arabia. En tiempo de Trajano, llegaron los Chinos, á consecuencia de sus guerras con los Tartaros, hasta el Mar Caspio, y parece que Antonino, en 161, atendido el consumo creciente de la seda, envió por mar una embajada á los pueblos que la elaboraban, la cual volvió sin obtener resultado alguno. Quizá no se dirigió sino á la parte superior del Oxo y del Yaxartes, donde concurrían á la sazón en tiempo los mercaderes chinos, dilatándose el imperio hasta aquel punto y hasta las montañas de Zung-Ling. (*) Se cree que en el año 635 introdujeron allí el Cristianismo los Nestorianos.

Las primeras noticias exactas de la China las debemos á los Arabes, cuando las conquistas llevaron en los siglos VIII y IX al pueblo mas entusiasta á las fronteras del mas razonador. Un pasaje que tradujo Renaudot de la relacion de un viaje emprendido á aquel país por los Arabes, entre los años 850 y 877, prueba que estos, en sus negociaciones mercantiles, se acercaban por mar á la China, ántes de la conquista de los Tartaros Mogoles. Cuando Géngis-Kan fundó allí la dinastia de estos últimos, visitó la China el Árabe Ibn Batuta, en cuyos

(1) Esto dice Maltebrun; pero Gosselin, Lelével y d'Anville colocan en otra parte á los Seres, y Heeren los sitúa en la Mogolia, al Este del desierto de Gobi. El docto naturalista Latreille sostuvo, no há mucho, la existencia de tres Sericas: la propia, ó sea la de Tolomeo, estaba en el Asia Superior, en la parte septentrional y occidental de la pequeña Bucaria, con su capital Sera Metropolis, hoy Turfan. La segunda se hallaba situada al Norte de la India, adonde emigraron los pueblos de la primera, expulsados de su país por los invasores, y que ocuparon la Sogdiana, la Bactriana, el Tibet y la India. Segun Aniano Marcelino, los primeros gusanos de seda fueron traídos á Europa de Ser-Inda. La tercera, que era la que conocian mas los antiguos con este nombre, era la India del otro lado del Ganges, hoy el imperio Birman, donde se encuentra el río *Serus* y el *Sera mayor*, indicados en la tabla de Püntinger.

(*) El traductor, imitando lo que hacen los doctos extranjeros y el mismo Cantú, ha procurado expresar fielmente en caracteres españoles la pronunciaci6n de los diversos nombres asiáticos.

(N. del T.)

viajes hallamos la descripci6n del papel moneda, invencion de los Mogoles.

Para poner un dique á la horrible inundacion de Géngis-Kan, el papa, como tutor de la cristiandad, envió en embajada al conquistador algunos religiosos que trajeron á Europa noticias que se tuvieron por fabulosas, como asimismo lo parecieron las relaciones del veneciano Marco Polo, á quien se dió el sobrenombre de Millon, por las exageraciones que se supuso habia usado al hacer la pintura de aquel reino, visitado por él en 1274, cuando ocupaba el trono el conquistador mogol Kublai-Kan, que hasta le confirió algunos cargos.

El Armenio Hayton hizo poco despues una descripci6n de aquel punto; y fray Juan de Carpi, enviado allá por Nicolas IV, convirti6 á la fe cristiana á muchos Chinos, que no miraban aun á los extranjeros con el recelo que despues, cuando los Manchús se apoderaron del mando.

En 1516 pusieron el pié por primera vez en la China los Portugueses; y asombrados al encontrar tanta riqueza, civilizaci6n y ciencia en un país tan remoto, mientras yacian en la barbarie todos los Estados intermedios, contaron con tal énfasis las maravillas que habian visto, que se las reput6 por milagros. Pero al mismo tiempo la sed de la ganancia ó la manía de las conquistas atraía á los Europeos á aquella region singular, el celo por el bien de las almas llevó á los propios parajes, despues del año 1580, á los misioneros que, ilustrados y sinceros, trasmittieron acerca del país las observaciones mas exactas. En particular Kang-hi, el mas liberal de los emperadores de la China, acogió favorablemente á los Jesuitas, que continuaron propagando allí los conocimientos europeos y las doctrinas católicas, y dando del país noticias claras y exactas, hasta que el recelo hizo que fuesen expulsados. Puede decirse que desde ent6nces hasta nuestro tiempo ha estado el imperio chino cerrado para los Europeos: los mercaderes que se detenian en Canton, se cuidaban mas de sus intereses que de la ciencia; los viajeros y embajadores eran recibidos con desconfianza, mantenidos por lo mismo en la ignorancia ó engañados; y aunque las relaciones se multiplicaban diariamente, uno de ellos, mas franco que los demas, escribió: *Hemos sido recibidos como mendigos, tratados como prisioneros y arrojados del territorio como ladrones*; situaci6n que, á la verdad, no permitia entregarse á indagaciones esmeradas.

Por eso conocemos menos á este pueblo singular que á las demas naciones antiguas; y por lo mismo no han podido interpretarse los jeroglíficos trazados en las fajas de seda que envuelven la momia de ese eterno y elegante niño. Pero desde que nuestros filólogos aplicaron la ciencia al análisis de la lengua y escritura de los Chinos, el estudio de los libros ayud6 á comprender aquella nacion misteriosa. Los Chinos dan á su país el nombre de Chung-